

Mimo

Ferran Bataller

Todos los días, desde hacía meses, Cristina salía a merendar al balcón de su casa, se sentaba en una silla y miraba al mimo de la plaza. Iba vestido de blanco y se movía en silencio encima de un taburete cuando alguien le daba unas monedas.

Al principio lo observaba porque le gustaban los movimientos rítmicos y graciosos de aquel hombre tan silencioso y misterioso. Poco a poco, fue comprobando que unos días se movía con más gracia y agilidad. Estaba contento. En cambio, otras veces, los movimientos eran lentos y pesados. Estaba triste. Y así, si tenía frío o calor, miedo o vergüenza, se movía de una u otra manera. Y siempre en silencio. Cristina llegó a conocer tanto aquellos cambios, que sólo con verlo de lejos, con un solo movimiento, ya sabía cómo se sentía aquel día el mimo de la plaza.

Con el tiempo, incluso empezó a ver los regalos invisibles que el mimo ofrecía a los viandantes. Si pasaba una chica que lo miraba con ternura, aunque no le hubiera dado nada, él le regalaba con un gesto una rosa roja. Al músico que le daba un euro, él le ofrecía con un movimiento de brazos una bonita armónica o una guitarra. Y si alguien pasaba por su lado y lo miraba de reojo con cara de pocos amigos, él le tiraba un cubo de agua o le regalaba un cardo lleno de espinas. Éstos eran, sin duda, los momentos más divertidos para Cristina.

Un día, mientras lo observaba desde la terraza, se dio cuenta de que entendía con perfección absoluta los gestos que el mimo, en silencio, iba haciendo. «Y aquí va una bonita rosa para la chica más bonita del barrio», o «Hala, aquí tiene un cubo de

agua, señora antipática, y espero que no vuelva a pasar por aquí». Cristina, emocionada tras haber escuchado un buen rato, decidió coger un euro de la hucha y bajar a la plaza.

Cuando salió de la finca, se acercó al misterioso hombre de blanco y tiró el euro dentro del bote metálico que tenía a los pies. El mimo, automáticamente, hizo un movimiento con los brazos y sonrió. «Muchas gracias, eres muy amable.» Cristina le devolvió la sonrisa y lo saludó con la mano. «De nada, adiós.» En aquel momento, el mimo bajó del taburete, la miró con una cierta sorpresa y le dio la mano: «Yo soy Mimo, ¿cómo te llamas?». Cristina también le dio la mano y le sonrió: «Hola, Mimo, yo soy Cristina, me encanta verte, lo haces muy bien». Mimo sonrió: «Muchas gracias», y después movió los brazos imitando el vuelo de un pájaro «¿Quieres venir a volar conmigo?». Cristina levantó las cejas y abrió unos ojos como platos: «¿A volar?», y movió los brazos, torpemente. «Yo no sé volar.» Mimo le ofreció la mano: «Ven conmigo y verás como sí», y le acarició la cara. «No tengas miedo, vamos.» Cristina dudó unos segundos pero en seguida le dio la mano un poco temblorosa: «De acuerdo, vamos».

De repente, empezaron a elevarse y Cristina pudo ver que la ciudad iba haciéndose pequeña a sus pies y el corazón le iba a mil por hora. Mimo se puso la mano en el pecho y dio tres o cuatro golpecitos: «Estás nerviosa, ¿eh?». Ella lo miró con aquellos ojos azules y grandes como el mar que sobrevolaban y levantó los brazos un poco alterada: «Claro, tú qué crees, ¿estamos volando a más de un mi-

llón de kilómetros de la Tierra!». Mimo se tuvo que apretar la tripa con fuerza para aguantarse la risa: «Mujer, un millón de kilómetros quizá es demasiado, ¿no crees?». La cara de Cristina se volvió roja: «Ups», y movió levemente la boca, poniendo morritos: «No te burles de mí». Mimo le guiñó el ojo: «Disculpa, no quería ofenderte» y señaló hacia la Tierra. «¿Te gusta?». Cristina asintió con la cabeza enérgicamente: «Mucho, es preciosa», y después levantó los brazos: «He soñado muchas veces que volaba».

Continuaron sobrevolando la Tierra, cogidos de la mano, con el viento que les movía el pelo y con una sonrisa de oreja a oreja. Atravesaron las nubes, que eran ásperas y les rozaban malhumoradas las orejas: «¿Qué hacéis aquí?, el cielo no es para vosotros». Mimo y Cristina se miraron y sonrieron: «Qué mal genio». Después se cruzaron con una bandada de pájaros y Mimo los señaló: «Mira, son gaviotas». Cristina miró con sorpresa: «Eh, van muy rápido». Tan rápido que pasaron por su lado y la que hacía de guía movió las alas violentamente: «¡Eh, apartaos, que tenemos prisa!». Cristina arrugó la nariz: «¡Bien, pero no hace falta que nos empujéis, eh!», pero las gaviotas ya habían desaparecido por el horizonte y Mimo la miraba con una media sonrisa: «Mujer, les estamos ocupando el espacio...». Cristina volvió a enrojecer un poco: «Sí, quizá tienes razón».

Hacía un rato que volaban, debajo tenían los árboles, el mar, las casas, las personas que casi ni se veían... El aire empezaba a ser un poco frío y Mimo tembló: «¿Tienes frío?». Cristina inclinó suavemente el cuello:

«Un poco». Mimo señaló con un brazo hacia la Tierra: «¿Quieres que volvamos?». Cristina movió enérgicamente los brazos: «Ni pensarlo, esto es demasiado bonito!». Entonces, Mimo se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta y con un gesto enérgico sacó una gabardina roja y se la dio a Cristina. Era lo que hacía todos los días en la plaza. Ella alargó los brazos: «Gracias» y se la puso. Le llegaba hasta los pies y era muy bonita. Una vez bien tapada, miró a Mimo y movió el brazo: «¿Adónde vamos?», y Mimo alzó los dos brazos: «Volamos, no vamos a ningún lugar».

Y volando volando, esquivaron una montaña llena de nieve y se volvieron a cruzar con unos pájaros. Mimo también los señaló esta vez: «Son cigüeñas» y sonrió, «ya verás como son más simpáticas». Cuando se acercaron, la que iba delante movió la cabeza en círculo: «Hola amigos, ¿qué hacéis por aquí, os habéis perdido?», y Cristina movió también la cabeza: «No, sólo volamos». La cigüeña extendió las alas: «Qué extraño, dos humanos volando...». Saludó y se fue con todas sus compañeras buscando un lugar cálido donde dormir.

Mimo y Cristina continuaron aún un buen rato volando, vieron más nubes y más pájaros, montañas altas e incluso algún avión cargado de pasajeros. Empezaron a subir y a subir y Mimo apretó la mano de Cristina: «¿Tienes miedo?». Ella movió la cabeza decididamente: «no». Entonces, Mimo, con una sonrisa maliciosa, hizo un movimiento brusco y empezó a descender a toda velocidad hacia la Tierra: «¡Uuuuuuuuu!». Cristina, pálida, empezó a golpearle la espalda lo más fuerte



CARMEN GARCÍA IGLESIAS.

que podía: «¿Qué haces, qué haces?, ¡para, para, que tengo miedo!». Pero Mimo la miró y le guiñó el ojo: «Tranquila, confía en mí». Entonces empezó a acelerar el ritmo, bajaron casi a ras del suelo, rozando los árboles del bosque «eeeehhhhh», después volvieron a subir a toda velocidad «aaaahhhh», volaron hacia un lado, giraron en dirección a las nubes, volvieron a caer hacia el mar hasta que, un momento después, cuando el corazón de Cristina estaba a punto de estallar, Mimo giró bruscamente de nuevo y volvió a planear suavemente sobre las aguas marinas. Cristina respiró a fondo: «¡Uau, ha sido increíble!», y Mimo asintió con la cabeza: «Emocionante, ¿eh?». Cristina lo miró, todavía blanca y con una sonrisa temblorosa: «Sí, emocionante...».

Tras una rato de planear tran-

quilamente, para recuperarse de la emoción, Cristina señaló hacia arriba: «¿Hasta dónde puedes llegar?», y Mimo hizo un círculo con los brazos: «Hasta donde quieras, no tengo límite», y ella volvió a levantar el brazo: «¡Pues vamos a la luna!». Mimo la miró con los ojos brillantes como el sol: «¿Qué?, ¿aún no has tenido suficiente?» y Cristina, moviendo enérgica el dedo derecho: «¡No!». Entonces empezaron a ir hacia arriba, muy arriba. La Tierra fue haciéndose cada vez más pequeña hasta no verse absolutamente nada. Delante de ellos, al principio era todo oscuro, pero poco a poco empezó a aparecer un pequeño disco dorado en la lejanía que cada vez se iba haciendo más y más grande hasta que lo tuvieron prácticamente delante. Cuando estuvieron allí, los dos movieron la mano: «Hola, luna»

y ella creó un pequeño lunamotito: «Hola, ¿qué habéis venido a hacer aquí arriba?»; y Cristina movió los brazos como si fueran alas: «Nada, volamos», y la señaló: «¿Y tú?». Ella, con un leve movimiento de rotación: «Me preparo para salir, que ya me toca». Entonces, Cristina puso cara de asustada: «¿Ya?». Miró a Mimo y señaló hacia la Tierra: «¡Debemos volver, se hace tarde y mis padres me matarán!». Se despidieron de la luna y volvieron hacia la Tierra.

Los árboles, las casas, las personas, todo iba haciéndose cada vez más grande. Bajaban aún mucho más rápido de como habían subido, el viento les estiraba la piel de la cara y el pelo de Cristina volaba. Finalmente, pararon en la plaza, en el mismo lugar de donde habían salido hacía ya... ¿cuanto tiempo había pasado? Lo único seguro era

que empezaba a anochecer y que Cristina tenía que volver a casa. Se acercó a la mejilla de Mimo y le dio un beso: «Gracias, Mimo, ha sido muy bonito». Él la besó en la frente: «De nada, para mí también ha sido muy divertido». Después Cristina se fue corriendo.

Cuando llegó a casa, tuvo que soportar en silencio la regañina de sus padres. Intentó responder moviendo los brazos como un pájaro para explicarles que había estado volando con el mimo de la plaza y que éste le había regalado la gabardina roja que llevaba puesta. Pero sus padres no vieron ninguna gabardina y pensaron que se burlaba de ellos. Obviamente, la castigaron.

Ya se sabe, hay cosas que los padres no entenderán nunca.

Traducción de Nuria Costa.